

Escripta

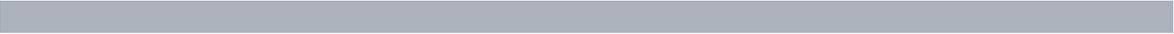
Revista de Historia

Una ciudad sitiada: Mazatlán y los miedos de la
población civil (1913-1914)

A besieged city: Mazatlán and the fears of the civilian
population (1913-1914)

REYMUNDO DARÍO VELARDE
[ORCID.ORG/0000-0002-2040-4585](https://orcid.org/0000-0002-2040-4585)

Recepción: 28 de noviembre de 2019
Aceptación: 20 de mayo de 2020



UNA CIUDAD SITIADA: MAZATLÁN Y LOS MIEDOS DE LA POBLACIÓN CIVIL (1913-1914)

A BESIEGED CITY: MAZATLÁN AND THE FEARS OF THE CIVILIAN POPULATION (1913-1914)

REYMUNDO DARÍO VELARDE¹

Resumen:

Este artículo analiza, estudia y caracteriza los temores e incertidumbres que afectan a la población civil que surgen durante la Revolución Mexicana, cuando los revolucionarios constitucionalistas sitiaron la ciudad de Mazatlán entre 1913 y 1914. Dentro de este contexto, se busca explicar cómo la sociedad mazatleca lidió con el miedo, la violencia y las secuelas de la guerra civil, así como con los cambios en las actitudes, comportamientos colectivos y otros aspectos que marcaron la vida cotidiana dentro de la ciudad sitiada.

Palabras Clave: revolución, miedo, violencia, mentalidad, vida cotidiana.

Abstract:

This article analyzes, studies, and characterizes the fears and uncertainties that affect the civilian population that arose during the Mexican Revolution, when the constitutionalist revolutionaries besieged the city of Mazatlán between 1913 and 1914. Within this context, we seek to explain how Mazatlan society He dealt with fear, violence and the aftermath of the civil war, as well as with changes in attitudes, collective behavior and other aspects that marked daily life within the besieged city.

Keywords: revolution, fear, violence, mentality, daily life.

¹ Licenciado en Historia, Maestro en Historia, actualmente estudiante del doctorado en Historia en la Facultad de Historia de la Universidad Autónoma de Sinaloa.

Correo electrónico: raymundo_24@hotmail.es,  orcid.org/0000-0002-2040-4585

Una mirada a los miedos en la historia de la revolución mexicana en Sinaloa

En una situación de guerra o de exaltación de la violencia es difícil considerar que las cosas habituales, sigan una aparente normalidad, debido a que la vida cotidiana de las personas cambia bajo ese contexto. Esto quiere decir que durante una revolución se cambian las imágenes de la vida cotidiana, ya que existen otros aspectos que se configuran en la calle y en la intimidad del hogar (Serrallonga, Santirso y Casas, 2013, p. 33). Es decir, se presentan un caudal de subjetividades. De todas ellas, las que llaman mi atención son las que se ubican en el plano de las turbaciones, temores, miedos, y angustias.

Desenterrar este amasijo de sensaciones se convirtió en un problema interesante de investigación, pues el periodo de estudio fue un lapso crucial en la vida no sólo de los sinaloenses, sino de los mexicanos, en general. Llegó la Revolución Mexicana con toda su secuela bélica. La aparición de los zapatistas en 1912 junto con la proliferación de la violencia y la inseguridad, provocó el pánico en la ciudad de Culiacán ante los robos, los saqueos, la anarquía y los ultrajes. Lo mismo sucedió con los rumores en 1911, los cuales atemorizaban a las poblaciones sobre la aparición de los revolucionarios; esto se vivió con mayor fuerza en la región serrana de Sinaloa.

En este artículo se analizan los miedos que se vivieron en el puerto de Mazatlán durante la Revolución entre 1913-1914, en el marco de la lucha entre los constitucionalistas y huertistas, donde la sociedad mazatleca experimentó temores e incertidumbres en su vida diaria durante el sitio impuesto por los revolucionarios. La razón por la cual el terror se elevó en su máxima expresión, se debió a que los ciudadanos creyeron que cuando la ciudad cayera en manos de las tropas rebeldes —que la asediaron por más de nueve meses— se cometerían actos salvajes y toda clase de atropellos brutales contra la población (Lerma, 2010, p. 96).

Además, los rumores fueron el pan de cada día durante la lucha armada en Sinaloa y acrecentaron la confusión y el temor entre los habitantes, pues cualquier acontecimiento desataba el delirio y los comentarios de la gente, por ejemplo:

La suspensión del tráfico de pasajeros a Mazatlán por parte de los rebeldes, provocó que surgieran fuertes rumores que anunciaban un nuevo ataque sobre la ciudad. Otras personas que habían burlado la vigilancia, informaban que no habría ningún ataque sobre el puerto, y que la orden era para que nadie saliese porque las poblaciones cercanas a Mazatlán estaban abandonadas.²

² *El Correo de la Tarde*, 23 de abril de 1914, p.1.

La prolongada lucha entre carrancistas y federales, así como el encierro al que se vieron arrastrados permeó en la vida de los habitantes. Más allá de los días de lucha, los temores de la población se vieron incrementados durante las privaciones; la guerra y la sequía habían arruinado las cosechas del año anterior, dentro de la población los habitantes resintieron la carestía de alimentos, la presencia de enfermedades contagiosas, la paralización de los trabajos, la escasez de dinero, la inoperancia de las autoridades, la caída del comercio y, en general, la desaparición de la vida ordinaria anterior. *El Correo de la Tarde* describe un panorama general de Sinaloa en cuanto a la falta siembra y la escasez alimenticia:

Para 1914, en los campos se podía notar la falta de siembras, pero sobre todo la terrible escasez de maíz y frijol en todo Sinaloa. En el norte del estado no presentaba la más mínima muestra de que el arado haya pasado por allí.³

Las fuentes utilizadas para la elaboración de este trabajo son de carácter hemerográfico, principalmente del diario mazatleco *El Correo de la Tarde de Mazatlán*, uno de los periódicos locales de la época que mayor ahondó en el periodo revolucionario. Lo anterior, debido a que mantenía una importante red telegráfica que le permitía dar a conocer noticias de todo México y del mundo, así como múltiples corresponsales que dieron seguimiento a los acontecimientos de la revolución dentro y fuera del estado.

Este periódico fue consultado en el Centro Regional de Documentación Histórica y Científica (CREDHIC) de la Biblioteca Central de la UAS. Además, se analizaron otros periódicos de origen californiano, los cuales se encontraron en la hemeroteca digital California Digital Newspaper Collection (CDNC) que complementan este trabajo, así como algunos documentos del Archivo General de la Nación (AGN).

Este estudio es resultado de una investigación más grande, en donde se toma al miedo como objeto de estudio, partiendo de la postura historiográfica de la historia de las mentalidades, donde los temores y la mentalidad colectiva son producto de la larga duración. No obstante, el miedo fue más evidente dentro de un contexto más amplio, por lo que en este caso considero estudiar los miedos en la sociedad mazatleca durante los años de 1913-1914, durante la lucha constitucionalista en la región, analizando la relación entre los miedos estructurales que subyacen en la mentalidad colectiva y aquellos que surgen o renacen con la coyuntura de la guerra.

³ *El Correo de la Tarde*, 10 de junio de 1914, p.3.

Este estudio nos ayudará a conocer las facetas pocos estudiadas de la revolución en Sinaloa, la cual se aleja de las armas, los conflictos políticos y las hazañas heroicas de los principales contendientes, para situarse en el problema de cómo la población civil lidió con el miedo, la guerra, la violencia y el sufrimiento colectivo en la vida diaria. A raíz de lo anterior cabe preguntarse: ¿Cómo se vivió el miedo y la violencia en Mazatlán durante el sitio revolucionario de 1913-1914? ¿Cuáles fueron las características de estos miedos? ¿Fueron miedos de larga duración o coyunturales? ¿Nacieron con la revolución o ésta los hizo resurgir?

Los miedos en la historiografía

Uno de los primeros en estudiar el miedo fue el historiador Lucien Febvre (1956), quien sostenía que este terreno dentro la historia de los sentimientos no se había estudiado a conciencia. Por lo tanto, habría que retomarlo para comprender, de mejor manera, las actitudes de los hombres ante la aparición de los peligros y, sobre todo, frente a la búsqueda constante de seguridad. Para el fundador de *los annales* las emociones como el miedo, el odio, o el amor, guiaban las decisiones individuales y colectivas. El miedo es algo que siempre va cambiando con las épocas y los contextos históricos, de ahí que los pobladores de la Europa del siglo XVI al sentir la omnipresencia del desasosiego. Febvre lo resumiera en unas cuantas palabras: *peur toujours, peur partout* (*Miedo siempre, miedo en todas partes*).

Otro de los estudiosos de este concepto es Georges Lefebvre (1982). Lefebvre analiza una serie de falsas alarmas que dan origen al *Gran pánico de 1789*, en Francia, donde se explica que los temores relacionados con la escasez de granos, la aparición de los bandidos, así como el temor a una guerra extranjera, se debían, principalmente, a la ficción o los falsos rumores que elevaron la sensibilidad en la campaña francesa. Lefebvre analiza los rumores y cómo los pobladores reaccionaban ante las alarmas, las cuales siempre escondían alguna intencionalidad. La conspiración aristocrática, los bandidos y la falta de alimentos surgen en una época difícil donde el descontento social se incrementaba. Por lo tanto, Lefebvre se refiere a los miedos estructurales que surgen a raíz de la crisis política y económica, en los espacios rurales y con los mismos actores: la nobleza, los campesinos y el clero.

Por otro lado está Jean Delumeau (2010), el autor que más ha profundizado en el estudio de los miedos de la mayoría. Es decir, los de la sociedad en general y que permanecen dentro de la cultura europea de los siglos XIV-XVIII, época en la que prevalecían los valores y prejuicios cristianos sobre la razón. Por lo tanto, Delumeau explica los miedos de larga tradición que han permanecido en occidente, pues son parte de la cultura y tradición europea. No se trata de miedos nuevos, sino

de temores de antaño que resurgen cada cierto tiempo, en donde las conductas relacionadas a la búsqueda de seguridad aluden al comportamiento de larga data.

Delumeau precisa que el miedo era una sensación colectiva en la que los hombres y la población temen a la amenaza del hambre, las epidemias, la guerra, las malas cosechas o a cualquier cosa que pueda desequilibrar la cotidianidad, por lo que, en situaciones extremas, se puede llegar al enloquecimiento y a conductas violentas en la sociedad (206-212).

Es decir, mientras Delumeau se refiere a los temores naturales y culturales, Lefebvre habla de los temores estructurales que permanecen inmóviles en la conciencia colectiva y cuentan con una larga tradición, pues afectan a los mismos actores: campesinos, clero y nobles. Sin embargo, con la revolución resurgen viejos miedos que se sienten como nuevos: la guerra, el hambre, las epidemias, los rumores, la violencia, que permanecen en la conciencia colectiva. Estos desplazan a los miedos naturales como a dios, el diablo, las apariciones supernaturales o las inclemencias como huracanes, sequías, terremotos, etc.

En contraste con los enfoques anteriores, Michel Vovelle (1989) estudia la *mentalidad revolucionaria* en tiempos de la coyuntura y presta especial atención al miedo y a la violencia como detonantes de cambios en las actitudes de la población. Dentro de este aspecto, el miedo es un elemento de la mentalidad revolucionaria y Vovelle explicaba que en el tiempo de la coyuntura los comportamientos, conductas y acciones que manifiesta la población son producto de la revolución, pues corresponden a otro orden en lo social y en lo mental:

En los periodos de agitación social es donde se presentan síntomas de cambio, y que comprende a las élites y clases populares en las relaciones sociales, familiares y culturales, los cuales se comportan no como la época dice, sino por la situación de caos que crea una mutación del momento. (pp. 28-32; 122-123)

Además, Vovelle (1989) señala que la violencia es el proceso por el cual mutan y entran en balance de cambio la vida cotidiana, las instituciones y el imaginario colectivo cuando la revolución introduce el terror y los tribunales (p. 117). La imagen de la revolución permanece en la memoria de la mayoría como el de una época de dureza, dominada por la vida cara y áspera de cotidianidad. Durante la revolución, la mentalidad de las personas se modifica, pues se tiene la noción de que la vida es breve e incierta, llena de infortunios y desasosiegos, donde se viven los tragos amargos y los días de incertidumbre (Vovelle, 1986, p. 125).

No se trata de miedos nuevos, como señala Vovelle, sino que éstos irrumpen la cotidianidad de las personas, provocando cambios en las necesidades humanas, por ejemplo, en la búsqueda de la seguridad constante para sobrevivir, escapando ya sea de los tribunales revolucionarios o de las secuelas de la guerra. Sin duda, du-

rante esta época afloraron diversos tipos de temores e incertidumbres, tanto-nuevos, es decir, los que nacieron con la revolución, como la xenofobia (china o yaqui) o los nuevos mecanismos de la guerra (bombardeos aéreos) la justicia o los tribunales revolucionarios. Estos temores coexistieron con los viejos miedos como la guerra, la violencia, las epidemias, los bandidos, el hambre, etc.

Con la guerra civil de 1913-1914, la violencia y el miedo se desplazaron desde los ámbitos rurales a las ciudades, pues fue ahí donde abarcaron al resto de las clases sociales. Durante la revolución los centros urbanos cumplían con el rol de lugares de refugio y seguridad, por lo que, en cierta forma, las ciudades dejaron sentirse seguras con la llegada de la revolución. Por ello, para Vovelle el miedo es uno de los elementos básicos para comprender la sensibilidad, ya que, a diferencia de otras emociones, es posible rastrearlos porque se expresan de manera colectiva (pp. 122-123).

Tomando en cuenta los planteamientos de Vovelle, considero que los temores que se manifestaban en el contexto de la revolución resurgen con la llegada de la violencia y que representaron un problema social ante la falta de seguridad. Sin embargo, estos corresponden a un orden distinto, en lo político y social, debido a que con la lucha armada, la realidad de la población civil cambia porque el régimen huertista no puede controlar la falta de orden y seguridad, así como el desarrollo de la guerra revolucionaria y sus efectos. Es decir, que enfrentarse a temores y a situaciones de peligro en periodos anteriores, no significaba que se presentarían de la misma forma. Por ejemplo: durante los años del porfiriato en Sinaloa, la violencia que ejercían los pronunciamientos militares, los bandidos, etc., se manifestaban en zonas rurales o serranas del estado principalmente, por lo que permanecían enclavadas y rara vez se dirigían a las ciudades. Con la revuelta de 1910, la inseguridad social y la violencia se extendieron y se propagaron más rápido y llegaron a otros sectores sociales. Ejemplo: las poblaciones urbanas y las clases medias y altas del estado (Velarde, 2018, pp. 49-114).

El avance constitucionalista sobre Sinaloa: la ciudad sitiada

Las fuerzas constitucionalistas del norte y otros revolucionarios de Sinaloa, fueron quienes sostuvieron fuertes combates contra las tropas huertistas en Culiacán a finales de 1913. Por lo que muchas familias desalojaron la capital para proteger sus vidas huyendo al puerto de Altata y de ahí salieron a Mazatlán. El éxodo de la ciudad comprendía a personas de toda clase social, pero muchas de esas familias pertenecían a la clase alta del estado, que sin más remedio, optaron por huir, ya que no querían padecer la justicia revolucionaria, los saqueos, la violencia, etc.

En Altata había alarma mientras se esperaba al vapor “Unión”, ya que no todos alcanzarían lugar en el barco. Allí esperaban el gobernador de Sinaloa, el Dr. José Legorreta, el prefecto Jesús S. Elizondo, algunos miembros del Congreso y del Supremo Tribunal, los principales empleados del gobierno y las familias más prominentes de la capital sinaloense, acompañados de una muchedumbre que huyó cuando las autoridades abandonaron Culiacán en busca de refugio.⁴

Cuando el “Unión” fondeó en Mazatlán durante la madrugada del día 19 de octubre de 1913, se observaba en la cara de las familias gran expectación, y cuando desembarcaron se les preguntó respecto a lo que estaba pasando, a lo que contestaron: malas noticias. Pero el puerto mazatleco tampoco era un sitio seguro; el avance de la revolución y toma de Culiacán elevó el temor y la incertidumbre; y durante el fragor de la lucha armada, un importante número de propietarios y comerciantes huyeron lejos de Sinaloa, unos por sus filiaciones huertistas y otros para salvaguardar sus vidas. (Ojeda y Lazcano, 2011, pp. 172-173.).

El escritor Martín Luis Guzmán (1979), enlistado en las fuerzas constitucionistas, recrea la dinámica de la ciudad de Culiacán, en la novela *El Águila y la Serpiente*, donde el autor señala la imagen de cómo se encontraban las poblaciones una vez tomadas por los revolucionarios, en donde la población no daba visos de presencia:

En el Culiacán de aquellos días, era insólito encontrar gente por las calles. Apenas si en la proximidad del mercado se veía discurrir a unos cuantos trasnochadores. Era el Culiacán desierto de los días siguientes al sitio; el de las casas abandonadas; el de las tiendas vacías por el doble-saqueo, saqueo de los federales al emprender la fuga, saqueo nuestro al entrar. Y la desolación, pavorosa del día, pero semioculta [...] en pleno invierno, se alzaba durante la noche, el fondo mismo de las sombras, invisible y real, imponderable e inmediata. Bastaba el recorrido de unas cuantas calles para perder las nociones diurnas, para sentirse vagando en el interior de un cuerpo a quien el alma hubiese sido arrancada, para escuchar, como venido de los más hondo del enorme ser muerto, el latir de la propia arteria, allí la brújula única, contacto único con lo vivo. (pp. 78-98)

Tras la toma de Culiacán en noviembre de 1913, el general Álvaro Obregón y los jefes revolucionarios sinaloenses continuaron la campaña militar hacia el sur. El puerto mazatleco era de gran importancia para los federales, por ser el principal corredor que permitía el transporte de suministros vitales, municiones y tropas en-

⁴ El *Correo de la Tarde*, 20 de octubre de 1913, p.2.

tre Guaymas y Mazatlán. De ahí el valor estratégico que supondría tomar el control de todo el Noroeste para la causa constitucionalista. En el otoño de 1913, los generales Juan Carrasco y Ángel Flores iniciaron el asedio de la ciudad con fuertes bombardeos y con continuos asaltos a los fuertes y posiciones federales. Sin embargo, los defensores consiguieron resistir los ataques revolucionarios, por lo que el conflicto se estancó varios meses y la población civil quedó atrapada entre el fuego cruzado y la artillería que caía sobre la ciudad (Hernández, 2010, pp. 91-96).

En Mazatlán, el general Obregón empleó la misma táctica que en Guaymas, donde los soldados federales, bajo el amparo de los cañones de los barcos de guerra, fue sitiada y el enemigo quedaba inmovilizado hasta el final de la lucha, sin que aquello obstruyera el avance del ejército constitucionalista del Noroeste hacia el sur, “no importa el enemigo atrincherado en una plaza fuerte, se le deja fijo, vigilado y adelante directamente sobre el objetivo mayor.» (Obregón, 2016, p.19)

El puerto de Mazatlán evoca a la ciudad sitiada que imagina Jean Delumeau (2010) en su libro *El miedo en occidente*, en tanto que la ciudad se ve sitiada y amenazada por sus miedos, tanto los que provienen y acechan desde fuera, como los que surgen en el seno de la sociedad que resiste desde adentro. “Los hábiles mecanismos (defensas) que protegían a los habitantes tenían valor, porque daban seguridad y orden a la población, debido a que tanto los individuos y las colectividades mismas, están embarcadas en un dialogo permanente con el miedo” (Delumeau, 2010, pp. 13 y 14).

Francisco Gil García (2008), que estudia los miedos y entidades terribles para el caso de un pueblo surandino, señala refiriéndose al filósofo Hans Jonas; que una ciudad “divertida y confiada”, que no se da cuenta de la precariedad de su situación, y a la que hay que despertar el miedo. Gil se refiere a la necesidad de desarrollar mecanismos de seguridad ante los peligros que acechan dentro y fuera de una población. De la misma forma, Delumeau (2010) en su libro hablaba de como las ciudades europeas de los siglos XIV a XVIII, se enfrentaban temerosos a la naturaleza de Dios, del Diablo, los hombres, lo novedoso, el otro y lo diferente, y que sus actitudes giraban en torno a la constante de búsqueda de certidumbre y estabilidad (p. 150).

Por lo tanto, las ciudades del siglo XX distaban mucho de lo que eran en el antiguo régimen, los viejos temores permanecían en la estructura de la sociedad misma, con la revuelta social se manifestaban transformados y multiplicados, de ahí que la necesidad de seguridad fuera diferente, con ello se buscaba implementar mecanismos de defensa y resguardo de la población de los peligros y adversidades que resurgían con la guerra civil.

A finales de 1913, los revolucionarios se posicionaron a las afueras de Mazatlán, les era imposible adentrarse en la ciudad debido a las barreras físicas y naturales (Lomas, mar y marismas) que rodean la ciudad, así como las barreras y emplaza-

mientos humanos (Trincheras, retenes, fortines, alambradas, etc.) que les impedía tomar la ciudad, por lo que se estableció un sitio que duró más de nueve meses, desde diciembre de 1913 hasta agosto de 1914. En ese lapso de tiempo los miedos y otras angustias como la muerte, la miseria, el hambre, las epidemias y la violencia, se apoderaron de los habitantes de la ciudad. Estos sentimientos formaron parte del día a día de los habitantes.

En el verano de 1913, el gobierno huertista tenía especial empeño en que este puerto del Pacífico mexicano contara con posiciones militares estratégicas de primer orden, para el caso de una guerra civil o extranjera. Fue por eso que se construyeron fuertes en posiciones inexpugnables, como el Reynaldo Díaz, en el cerro de la Nevería, El fuerte de la Montuosa, en la loma de la Montuosa y en la loma del Gato. Además, se construyeron fortines en la loma Atravesada, diversas fortificaciones en el camino del Ferrocarril, el puente Juárez, y puestos de vigilancia, retenes, centinelas, etc., en lugares próximos a las lomas y los accesos de la ciudad.⁵

Estas fortificaciones, aunque improvisadas, se hicieron científicamente, por lo que fueron hechas para repeler cualquier amenaza que llegara a Mazatlán, las cuales contenían fosos, trincheras, alambrados de púas, minas que estallaban automáticamente, potentes reflectores, señales de banderas y eléctricas para poner en contacto a la guarnición día y noche. Contaban con depósitos y almacenes de agua, provisiones, y parque, cuartos para los oficiales, tropa, cañones y ametralladoras.⁶

En última instancia, estas fortificaciones militares significaban un alivio para la población civil, de la misma forma que los mecanismos de defensa protegían a la ciudad de Augsburgo de la amenaza de los turcos en el siglo XVI. Las defensas militares construidas por los federales constituían un vital punto de resistencia frente a las amenazas exteriores como los revolucionarios. Estos emplazamientos representaban la creencia de una esperanza provincial, sujeta a la llegada de refuerzos federales que auxiliarían a la población y expulsarían a los rebeldes fuera del estado, pues con ello se quería evitar la entrada de las depredaciones, la muerte y el salvajismo con el que se asociaba a las tropas revolucionarias.

La batalla comenzó a principios de diciembre de 1913, cuando los soldados carrancistas colocaron cañones en las colinas de la ciudad y comenzaron a bombardear el puerto, matando a 45 federales y 5 no combatientes, donde las baterías revolucionarias vertieron tiro de cañón sobre la ciudad y se detuvieron hasta el amanecer del día 3 de diciembre. Por esto, el general Rasgado, comandante federal, ordenó a sus soldados responder al fuego rebelde.⁷ Así pues, la normalidad de los habitantes del puerto de Mazatlán se vio afectada con la llegada de la revo-

⁵ El Corresponsal (12 de julio de 1913), *El Correo de la Tarde*, pp. 1-2.

⁶ El Corresponsal (12 de julio de 1913), *El Correo de la Tarde*, pp. 1-2.

⁷ *Rebeldes bombardean Mazatlán*, *The San Francisco Call*, 4 de diciembre de 1913, p.1.

lución. Los pobladores vivieron toda clase de temores que envolvieron el asedio. Se imponía el gobierno militar, se prohibía la entrada y salida de las personas y la vida, en general, se tornó más difícil.

Mazatlán: el miedo y la guerra.

La revolución creó y moldeó las conductas de los mazatlecos en el sitio, en el que experimentaban un incremento en las perturbaciones como el hambre, la miseria, la escasez y la muerte, las cuales impactaban en las prácticas diarias. Dentro de este escenario, la vida en Mazatlán se regía por una vida carcelaria y encarecida, que se podía comparar al sentimiento de vivir encerrado en una prisión, donde la seguridad militar limitaba la libertad. Era un escenario marcado por la dura realidad de la revolución, donde aparecían los motines por el hambre, la búsqueda de la seguridad, el éxodo o las evacuaciones masivas, así como el pánico colectivo.

La dinámica de la vida durante la revolución alteró por completo situaciones tan normales como entrar y salir de la ciudad. Los mandos revolucionarios prohibieron la salida de personas en Mazatlán, además los federales colocaban centinelas que vigilaban los límites del puerto para que no entraran los rebeldes. Cierta día, el empresario Rudolf Coppel, que tuvo que viajar a Culiacán, en un trayecto normal de 220 km, terminó por realizar un viaje de más de 4800 km, ya que el acceso terrestre estaba interrumpido debido a que las tropas revolucionarias que cercaban Mazatlán le negaron el paso por sus líneas. Coppel se embarcó en vapor que lo llevó a San Francisco, después tomó un tren que lo trasladó a San José, de ahí fue a Nogales y por último a Culiacán.⁸

De la misma forma, otras personas que se encontraban varadas en el puerto mostraban su preocupación por salir de la ciudad, ya que con el sitio no había seguridad. Esta situación transmitía sensación de peligro para los habitantes y los refugiados que se habían quedado varados a la espera de un barco que los llevara fuera de Sinaloa. El miedo a este encierro afectaba al inconsciente colectivo, donde la mayoría asociaban a las consecuencias negativas de permanecer enclaustrados: enloquecimiento, desesperación, incertidumbre, y malestar general, por ello la única salida segura era por mar, que, en cierta forma, representaba la salvación.

⁸ S.F., A mitad de camino entre dos ciudades, *The San Francisco Call*, 13 de diciembre de 1913, p. 1.

Algunas maestras de los distritos vecinos que habían ido a refugiarse al puerto, salieron a Baja California tras el anuncio de que allí solicitaban maestras, las estimables familias Tellaeché, Záripa, Salmón, Noris y Magaña que venían huyendo de Culiacán, se embarcaron hacia el interior de la República en el vapor “Jackson”. El miedo empezó a hacer estragos también en otros polos de la sociedad como leñadores, carboneros, acarreadores de maíz y fruta, etc., que venían a trabajar a Mazatlán, dejaron de verse, porque tenían miedo de venir al puerto, por lo que ya se observaban muy pocos en la ciudad.⁹

Los rumores en el exterior señalaban que Mazatlán había sido tomado por los revolucionarios, a su vez se decía que el puerto no sería atacado, ya que el objetivo de los rebeldes era el estado de Jalisco a donde pensaban internarse.¹⁰ La revolución había devorado casi por completo al estado de Sinaloa, fuentes rebeldes que reportaban para *The Sacramento Union* en Nogales, Arizona, informaban la captura del puerto de Mazatlán a manos de los carrancistas. Estas afirmaciones daban cuenta, en el extranjero, de una realidad distante, pues los revolucionarios en Mazatlán sabían que les costaría tomar la ciudad a sangre y fuego.¹¹

Respecto a los rumores, Georges Lefebvre (1986) menciona que éstos no dejaban de ser meras especulaciones o conjeturas, y que la información referida podía o no tener algo de veracidad. Sin embargo, señala que el pánico se propaga porque la población tergiversara los hechos tomándolos como reales y que eso conduce a algo más que una simple alarma, pues su auto-convencimiento les hará creer que el enemigo llegará de un momento a otro (p. 70).

La llegada de Felipe Ángeles y sus fuerzas suscitó un movimiento alarmante en los habitantes, pues todos los destacamentos revolucionarios se reconcentraron en los puntos del Venadillo y Los Conchis, por lo que, de nueva cuenta, se especuló sobre un nuevo ataque que aseguraría la toma del puerto.¹² El rumor apareció como la confección y explicación de una angustia generalizada, que suponía el primer estadio del proceso que libraba a la multitud de su miedo. Es también la identificación de una amenaza a una situación que se vuelve insoportable, la cual puede adoptar el aspecto de una alegría irracional o una esperanza loca, que en la mayoría de los casos se convertía en la espera de una desgracia (Delumeau, 2010, pp. 360-364).

⁹ *El Correo de la Tarde*, 18 de diciembre de 1913, p.2.

¹⁰ *El Correo de la Tarde*, 25 de enero de 1913, p.3.

¹¹ Se reporta que el importante puerto de Mazatlán fue capturado por los constitucionalistas, *The Sacramento Union*, 6 de febrero de 1914, p.2.

¹² *El Correo de la Tarde*, 8 de febrero de 1914, p.2.

En consecuencia, durante los días del sitio, la imaginación colectiva trabajaba en la creación de rumores, debido a que estos obtenían crédito en la sociedad, la cual se encontraba perturbada. Los periódicos locales como el *Correo de la Tarde* de Mazatlán, publicaban rumores y alarmas que sus corresponsales recopilaban con la intención de notificar al público la situación de los revolucionarios en el estado. Las noticias se propalaban rápidamente entre los lectores y, de boca en boca entre los individuos y colectivos de la ciudad, distorsionaban la verdad creando temor en la sociedad, el cual era dirigido contra las clases oligárquicas, pero que se hacía incontrolable cuando alcanzaba al resto de la sociedad, pues era difícil que las autoridades militares aplacaran la inquietud colectiva que se vivía en las calles en torno a los rumores.

Diana Perea (2009) menciona que la prensa se encargaba de sembrar el miedo, advirtiendo sobre las fechorías y las atrocidades de los rebeldes. El temor era más grande durante las noches, pues era cuando actuaban. Aquel miedo se asociaba a la pérdida de las posesiones y a la inminente posibilidad de morir como «hostil a la revolución» (p. 166). Por lo tanto, los rumores alertaban a la población infundiéndole miedo, creando confusión y expectativa, ya que se tenía la certeza de que los revolucionarios eran violentos cuando se adentraban en los pueblos.

A pesar del cerco establecido en Mazatlán, viajeros y migrantes seguían huyendo del Rosario hacia Mazatlán. Para entrar por los campamentos se necesitaba un pase y los que no lo tenían eran detenidos hasta que lo consiguieran. En un escenario de incertidumbre, los adeptos del huertismo que no contaban con garantías y respeto de sus vidas, optaron por abandonar sus hogares en Sinaloa. A mediados de 1914 más de 4000 personas (agricultores, comerciantes, empresarios industriales y mineros) decidieron huir de la entidad dejando atrás gran parte de sus propiedades, las cuales fueron confiscadas por la oficina de bienes ausentes y subsidio de guerra, fundada el 13 de agosto de 1913.

Durante esos meses dicha instancia averiguó la postura política de personas sospechosas que guardaban relación con el huertismo por lo que se juzgaban enemigos de la causa constitucionalista. (Cazares, 2011, pp. 130-131). Los enfrentamientos militares no obstaculizaron que dentro del puerto los habitantes dejaran de lado las actividades religiosas,¹³ así como sus festividades, entre otras cosas. Si bien el problema de la contienda continuaba, la visión de la sociedad frente al conflicto era la de mantener el orden y la calma durante el proceso del encierro, pero sin dejar de lado el peligro que representaba garantizar una seguridad absoluta en las distracciones cotidianas durante la revolución.

¹³ *El Correo de la Tarde*, 1 de marzo de 1914, p.2.

Muchos mazatlecos buscaban refugio en la religión para sortear los temores de la revolución, pidiendo a la divina providencia la intercesión de la paz en Sinaloa y México. La posibilidad de una guerra extranjera con los Estados Unidos era latente. La mañana del 21 de abril de 1914, los mazatlecos se enteraron de que americanos y mexicanos se batían en Veracruz y que los buques de la marina de guerra bombardeaban la ciudad.¹⁴ Para muchos era el primer paso de una invasión general. La patria se encontraba en peligro, la ocupación injustificada se relacionaba al miedo de una guerra con los Estados Unidos, o peor aún, hacía una posible anexión. La preocupación de una guerra extranjera era tan latente que el temor provocaba diferentes estados de ánimo entre la población. Por un lado se dieron diferentes muestras patrióticas y, por el otro, la angustia por la magnitud del conflicto.

Estadounidenses y sus familias que residían en Mazatlán se embarcaron con todas sus pertenencias y equipajes en el acorazado “California”. Algunos chinos avisados por su ministro sobre las relaciones entre México y Estados Unidos, para que se pusieran a salvo, y salieran de la ciudad, por lo que fueron a refugiarse en la isla de Venados, donde se trasladaron por medio de lanchas.¹⁵

Bajo la revolución, las costumbres y comportamientos de la población mazatleca cambiaron a medida que la comunidad veía alterada su cotidianidad. Esto provocó que se adoptaran hábitos en torno al miedo y al encarecimiento de la vida. La revolución condicionó el ámbito, para subvertir el orden de las cosas a medida que el conflicto revolucionario se estancaba, los temores se vieron acrecentados a partir de las experiencias, las desgracias y los horrores de la guerra que propiciaron la aparición de miedos, los cuales jugaban un papel importante en la sociedad que se adaptaba a sus nuevas necesidades y circunstancias.

Además, los enfrentamientos entre los miembros de la federación y los rebeldes continuaron pese al conflicto extranjero. Al interior de la ciudad surgían otras preocupaciones que orquestaban el malestar local, entre ellas la falta de agua y los artículos de primera necesidad que alcanzaban un precio alarmante (subieron un 150%). Otro de los problemas fue conseguir cambio (moneda fraccionaria), ya que el vigésimo y centavos estaban desapareciendo, por lo que no tomó mucho tiempo que eclipsaran las monedas de 10, 20 y 50 centavos.¹⁶

¹⁴ *El Correo de la Tarde*, 21 de abril de 1914, p.2.

¹⁵ *El Correo de la Tarde*, 1 de mayo de 1914, p. 2.

¹⁶ *El Correo de la Tarde*, 30 de abril de 1914, p. 4.

Época de escasez y temporada de motines

La tragedia y el drama duro de la vida reflejaba la cotidianidad de los mazatlecos, Jean Delumeau (2010) señala que las poblaciones enfebrecidas compartían sus angustias y rencores con las autoridades.

La carestía de alimentos son motivos de motines en tiempos de escasez frumentaria, donde los chivos expiatorios son los panaderos o molineros, así como los comerciantes y acaparadores acusados de subir el precio de los artículos y venderlos a precios elevados (pp. 168-169).

Los revolucionarios habían cortado el suministro de agua de la ciudad, por lo que se paralizó el servicio público, provocando que la gente acudiera a abastecerse a cierta hora del día en algún lugar de la población. Cuando había una interrupción en la nueva distribución del agua, el pánico surgía entre los habitantes, pues, según los rumores, se habían acabado los tanques de agua, sin embargo, los cortes se debían a la reparación de los mismos. La falta de agua agudizaba la terrible situación de la sociedad; la gente del pueblo, soldaderas y cuanto “bicho viviente” utilizaban la zona del extremo del malecón de Olas Altas, frente al Hospital militar, como excusado público, que producía olores desagradables.¹⁷

Eventualmente los carrancistas cortaron el suministro de agua, provocó que el drenaje dejara de funcionar, y como la gente realizaba sus necesidades a la intemperie, aparecieron enfermedades contagiosas que agravaron la situación.¹⁸ La falta de agua representaba un serio problema para los molinos y tortillerías del puerto, el establecimiento de los señores Maxémin quedó clausurado por esta escasez. Además, en la casa comercial del Sr. J. Elorza se suspendieron las ventas al mayoreo de los artículos de primera necesidad, limitándose las ventas de menudeo en cantidades no menores a diez centavos, ni mayores a 50 centavos para cada artículo, y con la consigna de que no se les vendería más de tres veces al día a cada persona.¹⁹

Pero eso no fue todo. La escasez de la carne provocó que algunos individuos especularan con el precio del pescado, ya que algunas personas lo acaparaban para venderlo después con el 150 y 200 % de ganancia.²⁰ Una actitud que apareció en los días del sitio y que marcó alteraciones en la conducta de la sociedad mazatle-

¹⁷ *El Correo de la Tarde*, 10 de enero de 1914, p. 3.

¹⁸ La capitulación de Mazatlán parece estar muy cerca, *The Sacramento Union*, 1 de mayo de 1914, p. 2.

¹⁹ *El Correo de la Tarde*, 6 de mayo de 1914, p. 5.

²⁰ *El Correo de la Tarde*, 6 de mayo de 1914, p. 5.

ca, fue la de los motines frumentarios,²¹ que eran motivados por una muchedumbre que se moría de hambre, cansada de los abusos de los comerciantes. Aunque la falta algunos artículos como el maíz no era absoluta, se acusaba a los tenderos chinos, principalmente, de esconder este producto para encarecerlo. Debido a este problema, la gente se congregaba afuera de los comercios, gritando e insultando, con la intención de que los comercios quedaran bajo su disposición.

En una ocasión, la tienda de un propietario chino fue denunciada bajo la sospecha de ocultar maíz para su venta, por lo que una muchedumbre acompañada de la policía cateo la casa.²²

En la tienda “La Competencia”, dueños unos asiáticos, a las siete de la noche se presentaron unos gendarmes informándose de la cantidad de maíz que tenían en existencia. La gente que había acudido a la novedad fue aumentando, y algunos comenzaron a apoderarse de los leños que había en la tienda. Hubo el contagio del robo y la bola se echó sobre la citada mercancía. El que había cogido un leño lo defendía como cosa propia y se armó el escándalo. Hubo gritos, palos, injurias feroces y fue necesarios varios gendarmes para disolver a la muchedumbre.²³

Antiguamente, las mujeres jugaban el papel de motor en las “conmociones” provocadas por la carestía y escasez de granos. Defendían la vida de sus hijos y la existencia física del hogar, lanzándose a los tumultos por el precio del pan y la justicia a la que debían sujetarse los acaparadores (Delumeau, 2010, p.185). Los primeros días de junio, unas doscientas mujeres mazatlecas persiguieron el carruaje del comandante federal, a quien le rogaron entregara la plaza a los carrancistas, ya que así evitarían mayores sufrimientos (Lerma, 2010, p.97).

Delumeau (2010) describe que una forma de miedo muy común en los tiempos antiguos era el de morir de hambre, situación que no se puede concebir en una sociedad actual, pero que en antaño el morir de hambre representaba un miedo colectivo, debido a las malas cosechas, las enfermedades o la guerra. Prácticamente casi cualquier cosa podía desequilibrar el sistema, llegando al enloquecimiento de ciudades, por lo que esta angustia justificaba miedos excesivos y las conductas violentas (pp.164-165).

En la Francia del siglo XVIII, la muchedumbre participaba en disturbios y se denominaba *menupeuple* o *Sans-Culottes*, que encabezaban las revueltas de hambre, administrando una especie de “justicia natural” rompiendo vidrios, asaltado mer-

²¹ Referente al trigo u otros cereales.

²² *El Correo de la Tarde*, 1 de junio de 1914, p.4.

²³ *El Correo de la Tarde*, 3 de junio de 1914, p.2.

cados, casas, e incendiando granjas, molinos, y rara vez cobrándose vidas (Rude, 1998, p. 230). En el caso de Mazatlán, el miedo general a la falta de alimentos derivó en reacciones violentas contra algunos comerciantes, y especuladores que aumentaban los precios a los artículos de primera necesidad. Estos motines eran encabezados por una muchedumbre, principalmente por las clases menesterosas, las cuales se movilizaban como una respuesta a la falta de alimentos y su encarecimiento, para que la autoridad militar interviniera en el problema y regulara los precios de los alimentos. Para evitar los motines y solidarizarse con los pobres. Otros polos de la sociedad mazateca —como los molineros—molían gratis el nixtamal para las clases populares.

Los precios de los artículos como el Maíz, el frijol, la carne, entre otros, elevaron su precio debido a la escasez generada por la situación de guerra e incertidumbre social que imperaba en Sinaloa y en México. La subida de precios se manifestó de forma escandalosa entre la población civil, porque los comerciantes especulaban con el precio de los productos. Esta situación ya se había presentado durante 1877 cuando sobrevino una terrible sequía que afectó a productos como el maíz y se le conoció como *el año del hambre*, también en 1913, algunos alimentos subieron de precio, pero las autoridades locales lograron controlar la situación. En el siguiente cuadro se muestran algunos de los precios de los principales alimentos, en tres diferentes épocas:

Cuadro 1. Artículos de primera necesidad y sus precios.

Artículos de primera necesidad.	Precios en 1877-1878 <i>Año del hambre en Sinaloa</i>	Precios en 1913 Mazatlán	Precios en 1914 <i>Sitio de Mazatlán</i>
Harina	\$ 29 Carga	\$35 Carga	\$29 Carga
Frijol	\$. 1.50 litro	C. 0.60 litro	C. 0.20 litro
Maíz	\$ 2.00 Hectolitro	\$ 4.50 Hectolitro	\$ 6.00 Hectolitro
Manteca	n/d	\$1 Kilo	\$1 Kilo
Azúcar	C. 0.50 Kilo	C. 0.20 Kilo	C. 0.28 Kilo
Carne de res	C. 0.18. Kilo	C. 0.20 a 0.50 Kilo	C. 0.50 Kilo

Fuente: Elaboración propia a partir de datos recabados en *El Correo de la Tarde* 1913, Mazatlán, Sinaloa, a 17 de octubre de 1913, p. 3., Miguel Ángel Higuera Félix y Milagros Millán Rocha, *La otra cara del Cañedismo: una sociedad amenazada por calamidades y penurias*, [Tesis de Licenciatura en Historia inédita], Culiacán, Facultad de Historia, Universidad Autónoma de Sinaloa, 2009, p. 62. Filiberto Leandro Quintero, *Historia Integral del Río Fuerte*, Sinaloa-México, H. Ayuntamiento del Fuerte, 2007, p. 352.

Antonio Lerma (2010) describe un cuadro aún más dramático en el que arrastrados a la locura por el hambre, los ciudadanos de Mazatlán se mataban para escapar de la inanición y los bebés morían a diario en los brazos de sus madres (p.97). Como respuesta a la situación, el general Rodríguez repartió maíz, harina y otros artículos de primera necesidad a una muchedumbre que acudió el día 5 de junio de 1914 al cuartel *Rosales*. *El Correo de la Tarde* señaló la falta de quicio de la población que esperaba ansiosa una nueva repartición de granos. En la prefectura del Distrito se realizó una venta de maíz de a diez centavos el litro; la aglomeración fue tanta que la policía fue incapaz de contenerla.²⁴

El miedo a los bombardeos aéreos y la amenaza de los yaquis

A las ocho de la mañana del 6 de mayo de 1914, apareció el biplano “Sonora” de los revolucionarios. Se le había visto maniobrar en las afueras de Mazatlán y, en lugar de arrojar boletines como usualmente lo hacía, arrojó dos bombas de dinamita que causaron terribles desgracias entre los vecinos, matando a cuatro e hiriendo a otros diez en la calle del carnaval. La explosión fue tal que estallaron en mil pedazos todas las vidrieras y las vitrinas de las casas cercanas al sitio.²⁵ El acto fue calificado como una “salvajada” y como nueva muestra de la barbarie mexicana; era una amenaza extraña a la que no se le podía combatir. Un impulsivo reporte de policía comprobó que, a 2000 metros de altura, el aeroplano estaba fuera del alcance de las armas pequeñas (Knight, 2010, p. 853).

Fueron conmovedores los cuadros que se presentaron pasado el primer momento de estupor. Cuatro madres enloquecidas por el dolor, daban gritos desgarradores al ver a sus hijos ensangrentados y moribundos. El vecindario preso del pánico se agitaba sin saber qué hacer. Todo eran carreras, gritos, lamentos, llamamientos a los ausentes, comentarios rápidos de los curiosos; una escena terrible. Los heridos en tanto, permanecían unos sobre las banquetas y otros dentro de sus casas donde los había sorprendido la traidora bomba, en el rostro de los muertos se reflejaba el asombro inmenso del paso no esperado y rápido a la región de la eterna paz.²⁶

²⁴ *El Correo de la Tarde*, 6 de junio de 1914, pp. 2 y 3.

²⁵ *El Correo de la tarde*, 7 de mayo de 1914, p. 1.

²⁶ *El Correo de la Tarde*, 8 de mayo de 1914, p. 4.

Ilustración 1. Biplano «Sonora».



Extraída del Archivo General de la Nación [en adelante AGN], Fondo fotográfico del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (INEHRM), Revolución, sobre 28 Fotos, caja 8.5, exp.13.

Mientras tanto, con motivo de los bombardeos en el puerto, un vecino publicó una carta en el periódico, en la que indicaba que cada vez que el avión fuera avistado se tocarían las campanas de la iglesia para que la gente tuviera tiempo de correr y ponerse a salvo de cualquier desgracia que cayera del cielo. Los vuelos del “Pájaro amarillo” causaban alarma y furor entre la población. Aunque el “Sonora” hiciera vuelos de prueba sobre la isla de la piedra o la isla de O’Ryan, provocaba expectación entre los mazatlecos.

El día 14 de mayo el biplano realizó nuevos ataques a las posiciones federales, arrojando más bombas que cayeron en los patios del ferrocarril del Pacífico sur. Los francotiradores carrancistas dispararon e hirieron a los civiles en las calles de la ciudad. Por fortuna, para los mazatlecos y para los federales, el 21 de mayo el avión se accidentó en las cercanías. Quedó casi inservible (Lerma, 2010, p. 110).

Ninguna fuente refiere a la efectividad mortal de esos ataques aéreos de mediados de mayo, pero como bien menciona Marc Bloch (2003) —cuando resalta los ataques de los aviones alemanes sobre Francia durante la Segunda Guerra Mundial— los ataques y bombardeos aéreos quebrantaban la sensibilidad nerviosa y predisponían el pánico. No se descarta que, al igual que en estos sucesos narrados por Bloch, en Mazatlán “por ajustados que sean sus puntos de contacto con la tierra, los proyectiles no logran alcanzar nunca más que a un puñado de hombres, en cambio un ataque de nervios puede propagarse muy lejos y debilitar la capacidad

de resistencia” (p. 72). Nerviosismo y temor que se generaba sólo con observar un avión de ataque en las proximidades.

Pero los temores no solamente se derivaban de mirar el cielo, ya que en la tierra abundaban los actores y los sucesos que los provocaban. Particularmente, el miedo que representaban los indios de la tribu yaqui —que acompañaban a los constitucionalistas— los cuales eran bien conocidos por barbaros. Estos temores no hacían más que provocar inestabilidad. El temor se debía a la posibilidad de un ataque a manos de estos indios y a que, en la caída de la ciudad, procedieran a toda clase de salvajismos contra la población de clase alta y blanca. Mucho se temía a las carnicerías de los yaquis. Los americanos contaban que los indios de la región del río yaqui, en Pótam, Sonora, mataban por igual a niños y mujeres, y que a los hombres que tomaban por prisioneros les trozaban los brazos a machetazos y les sacaban los ojos, a las mujeres les abrían el vientre y los pechos. “Los indios yaquis asaltaban y mataban a diario, en la mina de amargosa cerca de Torres, que pertenece a J. H. Rey de aquella ciudad, los yaquis mataron al capataz y a todos los empleados”.²⁷

En diciembre de 1913, cerca de Guaymas, Sonora, entre 1500 y 2000 yaquis y mayos fueron reclutados voluntariamente por los constitucionalistas; 700 de ellos fueron a parar al puerto de Mazatlán para reforzar el cerco y reemplazar a los revolucionarios posicionados en la Isla de la Piedra. Estos indios, pintados como guerreros barbaros, armados inclusive con sus arcos, flechas y mazas, aterrorizaban a civiles y militares por igual. Se posicionaron con cañones en la Isla de la Piedra, cañoneando y tiroteado a la ciudad; su silueta, así como sus figuras indiscutibles, podían ser observados todo el tiempo desde distintas posiciones de la ciudad (Lerma, 2010, p. 96).

Mazatlán se encuentra en estado de pánico al día, por los constitucionalistas que están cerrando el cerco sobre la ciudad, y el terror de su enfoque se ve aumentada por la presencia de 700 indios traídos para la guerra, cuyos excesos prevén cuando sus líderes blancos ordenen la caída de la ciudad, y se temen sean incapaces de frenar.²⁸

Estos aguerridos soldados fueron agrupados en sus propios regimientos y comandados por un coronel de apellido Manríquez, oriundo de Chihuahua, quien no simpatizaba con la idea de hacer esperar el asalto final: “si el general Obregón da la orden yo tomaría la ciudad sin ninguna ayuda”. El miedo provocado por los re-

²⁷ Los yaquis atacan y matan; la batalla es inminente, *Los Ángeles Evening Herald*, 13 de junio de 1914, p. 1.

²⁸ *The New York Tribune*, 15 de mayo de 1914, p. 2.

volucionarios era tal entre los mazatlecos, que tenían que hacer frente a la idea de morir de forma salvaje cuando la ciudad cayera en manos de los rebeldes (Lerma, 2010, p. 96).

Aquel escenario horrorizaba a la población mazatleca. En el imaginario de los mexicanos de principios del siglo XX, el adoctrinamiento de las ideas liberales durante el Porfiriato, culpaba a los indígenas que obstruían el desarrollo económico. Con el despojo de sus tierras surgieron numerosas revueltas entre el gobierno porfirista y los yaquis, donde el ejército federal reprimió a los indios alzados, ocasionándoles cientos de muertos, y condenándolos a trabajos de esclavos en Yucatán. Por lo tanto, era entendible que los habitantes sintieran su mera presencia como posible venganza, donde los yaquis eran vistos como salvajes capaces de dar rienda suelta a la barbarie.

El temor a los indios provenía de la época colonial, en la que los españoles y criollos “temían una sublevación masiva de indios irritados y descontentos que se abalanzaran contra los pueblos, reconvirtiendo el sistema que los oprimía y generaba una condición de explotación” (Gonzalbo, Staples, Torres, 2009, pp. 58-59). En Mazatlán el miedo a los yaquis se encontraba muy bien fundado.

El éxodo de la población

Durante el constitucionalismo, las élites en Sinaloa eran perseguidas por las autoridades revolucionarias, ya fuera para encarcelarlos o para pasarlos por las armas, debido a que muchos apoyaron al gobierno de Huerta. En Culiacán se sentenció a siete años de prisión a los firmantes de un telegrama dirigido a Victoriano Huerta, en el que se festejaba la prisión del gobernador Felipe Riveros.

Entre los firmantes se encontraban Jesús y Ponciano Almada, Jorge y Lucano de la Vega, Antonio Vázquez, Lic. Arsenio Espinosa, Manuel Clouthier, Lic. Francisco Sánchez Velázquez, Pomposo Güémez, José M. Espinoza de los Monteros, Pablo Bueno, Fortunato Escobar, Jesús C. Zazueta, Francisco Díaz Martínez, Gustavo Bengua, Juan y Severiano Tamayo, Pedro P. Villaverde, Jesús Ramos y Gerardo Sineaga.²⁹

²⁹ *El Correo de la Tarde*, 19 de febrero de 1914, p.2.

En junio de 1914, el comercio de Mazatlán estaba devastado por la complicada situación. Las casas comerciales tenían cerradas sus puertas y otras clausuraron a la espera de tiempos mejores. El alto comercio que tanto caracterizó al puerto sina-loense durante la segunda mitad del siglo XIX había desaparecido, y sólo una que otra casa hacía frente a la crisis.³⁰ El sitio revolucionario empeoraba cada vez más y la población civil mostraba cuadros desoladores a consecuencia del asedio. Además, la escasez evidenciaba la ruptura del orden, el cual se mantenía mediante una línea delgada gracias al gobierno militar que guarnecía la ciudad.

Pronto la escasez de agua y de alimentos, así como de medicinas, provisiones, trabajos, dinero, comercio, además del encarecimiento de los precios en los artículos de primera necesidad, afectaron a la sociedad mazatleca. A esto hay que sumarle los peligros relacionados con los combates en las afueras de la ciudad donde la sociedad tenía que sortear el fuego de artillería y de ametralladora que caía sobre las casas de los habitantes. En los momentos más álgidos de la batalla se presentaron momentos de cambio, en los que principalmente las familias ya no querían seguir permaneciendo dentro de Mazatlán, por lo que comenzaron a manifestar su deseo de evacuar y buscar refugio en otros lugares.

Este éxodo abarcaba a toda clase social y se dio cuando afectaciones provocadas por la revolución ahondaron en el inconsciente colectivo, con los bombardeos aéreos y la toma de la ciudad por parte de los soldados yaquis evocaba una situación de extremo peligro para los mazatlecos, por lo que muchos evacuaron la ciudad. Algunos se embarcaron para el occidente de México (Jalisco y Colima) y de ahí siguieron su ruta hacia el centro del país. Otros se fueron al puerto de San Francisco o a la bahía de Monterey en California, Estados Unidos y de allí se movieron al interior; muchos se establecieron en el área de Los Ángeles.

Rumores que provenían de los campos revolucionarios alarmaron a las principales familias con la amenaza de un ataque, el cual se sospechaba que se realizaría de un momento a otro. Esto ocasionó que muchos abandonaran Mazatlán. Desde el Porfiriato se había afianzado una importante hegemonía empresarial por parte de las familias de origen extranjero y nacional, que llegaron al puerto desde mediados de siglos XIX como comerciantes y empresarios, y que con el tiempo llegaron a acumular gran poder y riqueza.

Durante el porfiriato disfrutaron de un importante estatus social y económico, doce familias españolas: Echeguren, Hernández, Mendía, Elorza, Lejarza, Somellera, Herrerías, García y Patrón, dos alemanas: Melchers y Wöhler, Bartning, una nortea-

³⁰ *El Correo de la Tarde*, 6 de mayo de 1914, p. 5.

mericana: Bradbury, una francesa: Charpentier, una italiana: Cannobio, seis mexicanas: Haas, Loubet, Felton, Coppel, Rico, y Díaz de León. (Román, 2005, p. 113).

Delumeau (2010) señala que, durante los tiempos de crisis en la Marsella del siglo XVIII, los primero en marcharse por el miedo eran los ricos, cosa que provocaba, en cierta forma, el enloquecimiento colectivo. Se podía ver largas colas en las oficinas que daban permisos de salidas y certificados de salud. Se podía observar el caos en las calles llenas de coches. Tan pronto como se vio escapar ciertas personas de condición, una infinidad de burgueses y otros habitantes las imitaron: hubo entonces gran movimiento en la ciudad donde no se veía otra cosa que traslados de muebles (pp. 112-113).

En el vapor “Limantour” zaparon para Manzanillo, doscientas sesenta pasajeros, entre los que se encontraban distinguidas personas del puerto. Los señores Carega Hermanos recibieron infinidad de solicitudes de pasaje que no pudieron atender, ya que el buque no podía recibir más pasajeros. Sin comprometer su seguridad. Algunos incluso se dirigieron a bordo sin llevar boleto, ya que estos les fueron negados por la agencia naviera y devueltos por el Capitán Erezuma. Desde San Francisco, el vapor “City of Sídney” que se dirigía a los puertos del sur, llegaría a Mazatlán para atender las numerosas solicitudes de pase para Manzanillo.³¹

Las familias que veían amenazadas sus vidas, riquezas y propiedades con la revolución, salían de Mazatlán. Muchos embarcaron hasta sus fábricas rumbo a Manzanillo, Colima. Así llegó al puerto colimense Antonio Díaz de León.

Con una gran cantidad de maquinaria para fabricar puros, cigarros, jabones y chocolates; así como equipo de imprenta y litografía. Su intempestiva huida del puerto sinaloense obedecía a que, debido a su apoyo al huertismo, las autoridades de aquel lugar buscaban su aprehensión y la confiscación de sus bienes. (Ojeda, 2001, p. 180).

Tras un alegato entre las autoridades revolucionarias de Sinaloa y Colima, el personaje y sus bienes se quedaron en este punto del Occidente mexicano (Ojeda, 2001, p. 180). Los informes del delegado sanitario en Mazatlán revelan el movi-

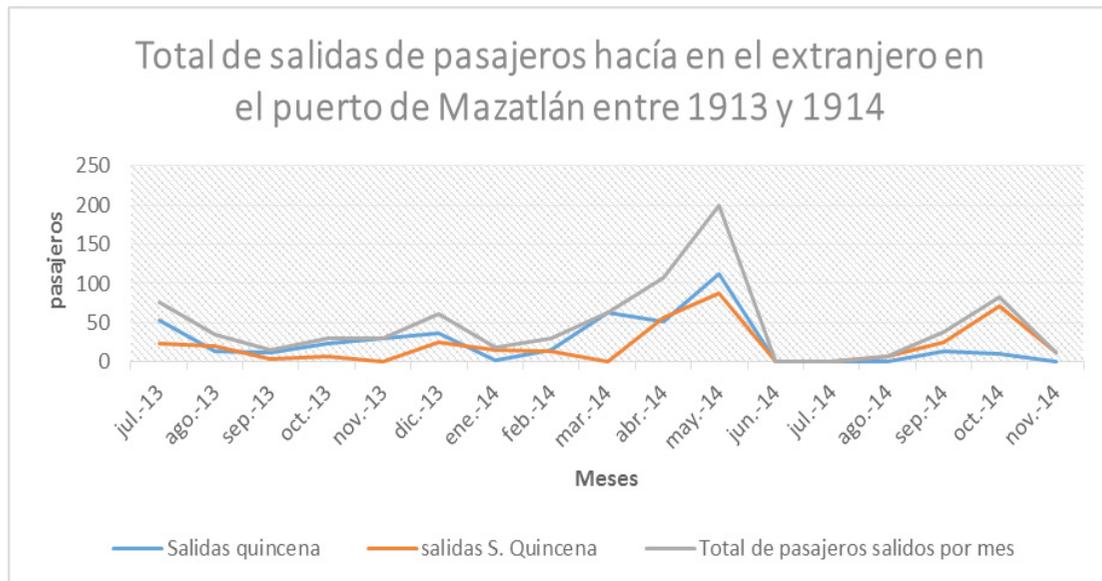
³¹ *El Correo de la Tarde*, 17 de mayo de 1914, p. 3.

miento de inmigración hacía el extranjero entre 1912-1914. Se puede señalar que hasta 1913 la llegada de los vapores iba en aumento por el incremento de la población sinaloense y estadounidense que se embarcaba para San Francisco, debido al problema de la revuelta zapatista. Cientos de pasajeros se aprestaban para salir de Sinaloa, tras el golpe de estado contra el presidente Madero.

Cuando la violencia cercó la ciudad en 1914, los buques que transportaban pasajeros dejaron de arribar de forma quincenal para hacerlo una vez por mes, pues los otros puertos de Sinaloa como Topolobampo y Altata, se encontraban en poder de los revolucionarios. Archivo General de la Nación (AGN), Secretaria de Gobernación, informe sanitario julio de 1912 a julio de 1913, folio 329, caja 64, exp. 36.

Es importante mencionar que hay una constante de pasajeros que salieron para el extranjero entre 1913 y 1914. También estos informes sanitarios muestran cómo es que a partir de abril y mayo de 1914, se registró la mayor cantidad de pasajeros que abandonaron Sinaloa: 108 y 199 respectivamente. Así mismo, en los meses de junio, julio y agosto fue el periodo en el que menos gente salió de Mazatlán para el extranjero. Esto debido a la interrupción de buques que evitaban llegar a puertos que estaban amenazados por la revolución. En la siguiente grafica se puede ejemplificar el movimiento de gente que salió hacia el extranjero entre 1913 y 1914. Archivo General de la Nación (AGN), Secretaria de Gobernación, informe sanitario, julio de 1914 a julio de 1915, folio 69, caja 18, exp. 6.

Total de salidas de pasajeros hacía el extranjero en el puerto de Mazatlán, entre 1913 y 1914.



Grafica 1. Fuente: elaboración propia a partir de informes sanitarios, (AGN, Secretaria de Gobernación siglo XX, Gobernación: Periodo revolucionario, Migración (asuntos con extranjeros), cajas. 19 y 64, Fs. 1-20, exp. 19, 35 y 36.

En la segunda semana de junio de 1914, momento más álgido de la batalla en Mazatlán, se informó que quien quisiera salir de las terribles condiciones en que vivían en la ciudad, lo hicieran sin obstáculo alguno; la Jefatura de Armas disponía que las personas que iban a salir inscribieran sus nombres en la Prefectura. Familias de todo estrato social salieron, pues para aquellos momentos numerosos comercios locales habían cerrado, había escasez de alimentos y los precios de artículos de primera necesidad se habían elevado. Las personas salían en varios vehículos y con banderas blancas cruzaban los campos revolucionarios y de allí se trasladaban a El Rosario o a Culiacán, ciudad de donde eran originarios y que desde hacía varios meses habían abandonado.³²

El número de emigrantes desde el 6 de junio fue de 3,658 personas, de las cuales 1,322 eran hombres, 1398 mujeres y 938 eran niños. Además, en el mismo lapso de tiempo salieron por mar 421 pasajeros, dando un total de 4,079 almas que salieron del puerto.³³ Esto era posible debido a que el Jefe de Armas proporcionó pases para que numerosas personas de todas las condiciones y edades salieran en busca de mejores condiciones de vida.³⁴

Sin embargo, los que no podían pagar o abordar un vapor que los llevara fuera de Sinaloa se aventuraron a moverse por tierra a otras partes del estado, en algunos poblados cercanos a Mazatlán, los emigrantes se enfrentaron a una situación terrible: las casas donde se pedía posada, reposaban hasta tres familias al mismo tiempo, no había comida ni seguridad, pues los bandidos merodeaban la zona, según una expresión del Correo de la Tarde: “la mayor parte de los emigrados de este puerto fueron en busca de lana y están saliendo trasquilados”. Por lo que se puede intuir que la situación estaba igual o peor que en el puerto.³⁵

Para la noche del 10 de agosto de 1914, las fuerzas federales por fin cedieron y evacuaron la ciudad de Mazatlán para que los constitucionalistas la ocuparan de inmediato. Además, todos los presos federales fueron alineados en las afueras del edificio de la Aduana para que vieran cómo quince de sus oficiales y dos voluntarios eran fusilados. Los cuerpos de los infortunados no fueron inhumados, sino que quedaron expuestos al sol todo el día siguiente. Durante el asedio de los constitucionalistas a Mazatlán, cientos de personas, nacionales y extranjeros, huyeron en busca de refugio; muchas otras cayeron víctimas del fuego de ambas partes (Lerma, 2010, p. 111).

³² *El Correo de la Tarde*, 9 de junio de 1914, p. 3.

³³ *El Correo de la Tarde*, 22 de junio de 1914, p. 3.

³⁴ *El Correo de la Tarde*, 1 de julio de 1914, p. 2.

³⁵ *El Correo de la Tarde*, 15 de junio de 1914, p. 3.

Conclusión

Finalmente, dentro de este trabajo se analizó como los temores resurgieron con la revolución y afectaron a Mazatlán. Además, a raíz de esto, se presenciaron cambios en la vida cotidiana, como la incertidumbre y la lucha por sobrevivir. Esto provocaba que el orden civil se trasgrediera y, por lo tanto, se alterara la mentalidad de los sinaloenses, especialmente la de los habitantes del puerto, en donde, a pesar de la tragedia y el drama de esos días, la vida continuaba pese a los cambios de la ciudad sitiada. Las actividades económicas y sociales por lo general se vieron afectadas conforme la contienda bélica se estancaba.

Durante el sitio, aparecieron temores que alteraban a la población, estos miedos no eran nuevos, pues muchos reaparecieron en los momentos álgidos de la lucha y el conflicto. La guerra, el hambre, las epidemias, los rumores, los bandidos, la violencia ya habían estado presentes en el pasado. Sin embargo, para los habitantes de Mazatlán, estos no habían sido tan trascendentes como el bombardeo aéreo del biplano *Sonora* y la posibilidad de que los yaquis atacaran la ciudad. La guerra civil se había prologando desde finales de 1911 en Sinaloa con los levantamientos zapatistas, y para los pobladores de la época los enfrentamientos armados estaban lejos de terminar.

Las conductas y los comportamientos que se dieron de manera más marcada ante los temores durante el sitio en Mazatlán, se manifestaron a través de la búsqueda de mejores condiciones para vivir. Es por ello que cuando se agudizaron los combates en la ciudad, numerosas familias, como forma de escapar a los padecimientos de la violencia, hallaron en el éxodo o la migración un alivio para los males en su búsqueda por una vida mejor a mediados de 1914. Miles de sinaloenses abandonaron el estado, pues el miedo se hacía presente en la vida diaria.

Como pudimos ver a lo largo de este artículo, la revolución en Mazatlán provocó cambios en las actitudes, conductas y comportamientos entre los habitantes. La llegada de la violencia marcaba un diálogo permanente con el miedo en las actividades diarias, donde la vida se volvía amarga y trágica para la sociedad que resistía el asedio de la revolución. En el interior de la ciudad sitiada aparecen otras perturbaciones como el hambre, la escasez, las enfermedades contagiosas, la miseria y la muerte.

Si bien la vida continuaba pese a todo esto, la situación trastocó la vida de los mazatlecos, ya que las actividades económicas se vieron afectadas aún después de la toma de la ciudad. Muchos de los negocios y comercios se vieron afectados. Como el elevado número de personas que evacuaron la ciudad al final de la lucha fueron parte de las secuelas, así los traumas y los recuerdos de la dureza con la que

se vivieron aquellos días, fueron algunos de los cambios en la población mazatleca tras la revolución.

Archivos

Archivo General de la Nación (AGN)

Galería 2: Colección de Documentos del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (INEHRM).

Galería 2: Secretaría de Gobernación siglo XX, Gobernación: Periodo revolucionario, Migración (asuntos con extranjeros), informe sanitario.

Hemerografía

El Correo de la Tarde, Mazatlán, 1913-1914.

The San Francisco Call, San Francisco, 1913.

The Sacramento Union, Sacramento, 1914.

Los Angeles Evening Herald, 1914.

The New York Tribune, Nueva York, 1914.

Bibliografía

Bloch, M. (2003). *La extraña derrota*, Barcelona: Editorial Crítica.

Cazarez, p. (2011) Bienes intervenidos y préstamos forzados durante la revolución mexicana. El caso de Sinaloa, 1911-1920, en Ojeda, S. Lazcano, A., M. H. (comp.), *Historias de la Revolución en Sinaloa*, México, Universidad Autónoma de Sinaloa.

Delumeau, J. (2010). *El miedo en Occidente (siglos XIV-XVII) una ciudad sitiada*. México. Editorial Taurus.

Florescano, E. coord. (2016) *La fiesta mexicana tomo I*, México, Fondo de Cultura Económica.

Gil, García, F. M. (2008). Un Pueblo sitiado: Miedos y entidades terribles en la construcción del espacio social de una comunidad surandina, en Fernández, J., G., Pedroza, J. M. (comp.), *Antropologías del miedo, Vampiros, Sacamantecas, Locos, enterrados vivos y otras pesadillas de la razón*, Valencia, Calambur editorial, pp. 145-198.

Gonzalbo A., P., Staples, A., Torres, S., V. (2009) Una historia de los usos de miedo. México: El Colegio de México, Universidad Iberoamericana.

Guzmán, M. L. (1979). *El águila y la serpiente*. México: PROMEXA Editores.

Hernández, M. (2018). Presos. España: Miguel Hernández: *Hay que ascender las artes hacia donde ordena la guerra*. Recuperado de www.Presos.org.es

Hernández, Norzagaray, E. coord., (2010). *La Revolución Mexicana en Mazatlán*. México: Universidad Autónoma de Sinaloa.

- Knight, A. (2010). *La revolución mexicana. Del porfiriato al nuevo régimen constitucional*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Lerma G., A. (2010) El vuelo del Curtiss sobre Mazatlán, en Hernández N., E. Coord. *La Revolución Mexicana en Mazatlán*, México: Universidad Autónoma de Sinaloa, p. 91-113.
- Martínez, Barreda, A. (2011) Economía y Vida cotidiana en Sinaloa, 1910-1920, en Ojeda, S., Lazcano, A., M. coord. *Historias de la revolución en Sinaloa*, México, Universidad Autónoma de Sinaloa, pp. 200-201.
- Obregón, A. (2016). *Ocho mil kilómetros en campaña*. México: Gobierno del Estado de Sonora, Instituto Sonorense de Cultura.
- Ojeda G., S. O. (2001). *Rebeldía y bandolerismo durante la revolución: Vicente Alonso y el Villismo en Colima (1914-1917)*. Colima. Facultad de Ciencias Políticas/Universidad Autónoma de Colima [Tesis de Maestría en Historia Regional, inédita].
- Ojeda, Gastélum, S. O. (2011). Sinaloa: temores, angustias e infortunios durante los primeros años revolucionarios. En Ojeda, S. Lazcano, A., M. H. (comp.), *Historias de la Revolución en Sinaloa*, México, Universidad Autónoma de Sinaloa, pp. 172 y 173.
- Perea R., D.M. (2009). La rebelión zapatista en Sinaloa [Tesis inédita], Culiacán: Facultad de Historia, Universidad Autónoma de Sinaloa.
- Rodríguez, S. C. (2017). *El imaginario del miedo en diseño urbano de la ciudad de Culiacán*. México: Universidad Autónoma de Sinaloa.
- Román A., R. (2005). El relevo empresarial entre las principales familias de Mazatlán 1910-1950, en Carrillo Rojas, A. et at, *Historia de familia riqueza y poder*, Culiacán, Universidad Autónoma de Sinaloa, pp. 113-118.
- Rude, G. (1998). *La multitud en la historia de los disturbios populares en Francia e Inglaterra 1730-1848*. México: Siglo Veintiuno editores.
- Serrallonga, J., Santirso, M., Casas, J., (2013). *Vivir en Guerra. La zona leal a la República (1936-1939)*. Barcelona, Universidad Autónoma de Barcelona.
- Velarde, C., R.D, (2018). El miedo en Sinaloa: Del orden y la calma porfiriana al caos de la revolución [Tesis inédita], Culiacán: Facultad de Historia, Universidad Autónoma de Sinaloa.
- Vovelle, M., (1986). *La mentalidad revolucionaria*. Barcelona, Editorial crítica

Páginas de Internet.

www.Presos.org.es